

# LIBRO HOMENAJE AL PROFESOR J. GOMEZ CAFFARENA<sup>1</sup>

ALICIA VILLAR

*Facultad de Filosofía y Letras,  
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)*

Este libro, homenaje al profesor José Gómez Caffarena en sus setenta cumpleaños, nació de un profundo sentimiento de gratitud de sus discípulos y amigos por su fecundo magisterio filosófico-teológico. De él aprendieron, como nos recuerdan en la presentación del libro M. Fraijo y J. Masiá, «cómo asumir la herencia del pasado aunando crítica y serenidad, mirando con comprensión hacia atrás», conscientes de que «la antorcha del saber debe circular de mano en mano». Y, efectivamente, la antorcha del saber circula por las páginas de esta obra, mostrando las condiciones de posibilidad para un auténtico diálogo, y el esfuerzo por conjugar razón y fe.

Los responsables de la edición han elegido certeramente el título de este libro: *Cristianismo e Ilustración* que tan bien retrata a Caffarena y que impregna de un talante de apertura y pensamiento crítico escritos muy diferentes.

Antes del primer apartado, el recuerdo de José Luis Aranguren, cuando apenas han transcurrido unos meses desde su fallecimiento, cobra especial significación. Aranguren llega a confesar que Caffarena ejerció: «la mayor influencia religiosa» de su vida, y reconoce su admiración por quien entre otras cosas, supo aunar «la discreción en las formas y la crítica profundidad en el fondo».

Las distintas colaboraciones en el homenaje, en el que participan, no sólo representantes del mundo de la filosofía y la teología, sino también intelectuales de primera línea cuyo nombre anima ya de por sí a la lectura, se han agrupado en seis bloques temáticos, que coinciden, en su mayoría, con las preocupaciones de Caffarena y que reseñaré brevemente.

— El primer apartado: «Los discípulos recuerdan», acoge, en un tono cordial, las evocaciones de M. Fraijo, A. García Santesmases, J. Masiá y I. Núñez de Castro y constituye un homenaje concreto a través de recuerdos personales, transitando por

---

<sup>1</sup> MANUEL FRAIJO y JUAN MASIÁ (editores), *Cristianismo e Ilustración*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1995, 452 pp.

esos caminos, siempre difíciles (M. Fraijo, en forma epistolar, recobra con acierto un género casi perdido y que tanto peso tuvo en la Historia del pensamiento). Aquí, atando cabos sueltos, se evoca la cercanía del Caffarena profesor, su capacidad de reconversión, y el estímulo que llegaba a sus alumnos. Junto a la fe cristiana, ilustración, como reza el título del libro, por tanto, fe racional, humana, abierta, sin miedo a la radicalización de los problemas y que acepta la confrontación en continuo diálogo con la realidad humana. Con esta síntesis de lo religioso y lo secular, frente al auge de los fundamentalismos, Caffarena personifica la vocación de un auténtico hermeneuta que llama a reinterpretar continuamente, mediante un diálogo fiel, crítico y creativo que no puede confundirse con el eclecticismo (Masiá y Santesmases).

— El segundo bloque de colaboraciones se titula: «la fe cristiana en diálogo con la secularización y la política» y recoge importantes aportaciones teóricas que «aterrizan» en problemas de gran actualidad e ineludibles. En un excelente artículo, J. M.<sup>a</sup> Alegría se plantea el porvenir del cristianismo en la Europa del siglo xx, distinguiendo laicidad del estado y secularidad de la sociedad, y laicismo o secularismo. Distinciones que hay que precisar, en cuanto que la aceptación de la laicidad, a su juicio, es el único modo de superar a la vez el laicismo y la imposición de una cosmovisión religiosa. Díez Alegría esboza una Teología de la esperanza, abierta a la cultura y al diálogo. Por su parte, J. A. Gimbernat que también reflexiona sobre los diferentes modos en que se relacionan religión y política, considera que, desde la perspectiva cristiana, estas vinculaciones deben matizarse, dibujando también la línea irrebable donde las opciones políticas de la fe, o se refieren a un anacronismo imposible o se hacen moralmente reprobables. Cierra este apartado las reflexiones de J. M.<sup>a</sup> Mardones sobre las principales vicisitudes de la religión en la modernidad capitalista occidental. Considera que hay síntomas suficientes como para pensar en un proceso de cambio o reconfiguración de la religión en la modernidad. Sus dos características fundamentales: desvinculación institucional respecto del cristianismo y una interpretación flexible de contenido doctrinal, abre el paso a un eclecticismo poscristiano de unas nuevas formas religiosas.

— El tercer bloque: interrogantes antropológicos, cuenta con dos participaciones que se centran en la reformulación del sujeto actual, frágil y falible. La primera, de C. Thiebaut, se dedica al sujeto poscreencial y reflexivo. A este sujeto, tolerante positivo, que sugiere un distanciamiento reflexivo respecto a las propias creencias, en un mundo crecientemente consciente de su multiculturalidad, le cuadrarían parcialmente algunas inquietudes caffarenianas. Para Thibaut el proceso falible de nuestra construcción como sujetos humanos acentúa no sólo la posibilidad de nuestro fracaso, sino que también y, sobre todo, motiva para que ello no acontezca (p. 167). Después, Andrés Tornos, reflexionando sobre: «más que un objeto ideal llamado hombre», recuerda la opción de Caffarena, su fe básica en el hombre, frente al pesimismo y al voluntarismo fanático. Pero Tornos, buen conocedor tanto de la dimensión antropológica de la Teología como de los problemas de Sociología de la Cultura, advierte certeramente que esa confianza básica no puede referirse a un objeto ideal, sino «a esa realidad que lleva ocultamente un nosotros y una historia de humanización».

— El cuarto bloque: a vueltas con el mal, recoge algunas de las ponencias que se presentaron en el XVIII Foro del Hecho religioso de 1994. A ello quizá se deba que sea uno de los apartados que ofrecen, no sólo una mayor articulación temática, sino también un rico debate interno, especialmente significativo dado el cadente problema abordado. Es, por tanto, de obligada lectura.

J. Mugerza, en lo que titula: «profesión de fe del increyente: un esbozo de anti-teodicea», se atribuye el papel del escéptico. Después, Torres Queiruga presenta los problemas de la teodicea clásica, magníficamente repensados hoy, y, por último, Ig-

nacio Sotelo, retoma algunas cuestiones en torno al derrumbamiento de la idea de mal con la caída de la Teodicea.

Torres Queiruga se inclina a admitir que Dios no puede impedir el mal en el mundo: «El auténtico dilema es el que enfrenta a Dios a crear o no crear un mundo cuya finitud le obliga a dar cabida al mal». Muguerza defiende la solución de Voltaire quien confesaba que él prefería adorar a Dios como limitado que concebirlo como malvado. Pero un Dios que ama a los hombres y no tiene en su mano el poder de liberarles de todo mal, es un Dios sufriente además de impotente (D. Bonhoeffer, Moltmann). El debate, por tanto, desdibuja la noción de Omnipotencia, pero también muestra que no es del todo irrazonable creer. Especialmente interesante de la discusión es el diálogo establecido entre la creencia y la increencia, que indica que sus fronteras no constituyen una barrera infranqueable, pues la confianza del creyente no le instala en una imperturbable seguridad, ni el increyente tiene por qué excluir la nostalgia de lo perdido (K. Barth). Ciertamente, hay un punto claro de encuentro entre creyentes e increyentes y es trabajar porque este mundo pueda llegar a ser mejor.

— El quinto bloque: «A la escucha de los grandes», incluye, como homenaje abstracto, artículos dedicados a Heidegger y su relación con Holderlin (P. Cerezo), Kant y su concepción de la Paz Perpetua (José M.<sup>o</sup> González) y la noción de Filosofía e Historia en J. Gaos (Teresa Rodríguez de Lecea). Quizá este bloque es el que incluye trabajos con menor relación, sin embargo, resulta especialmente rico el análisis de P. Cerezo, verdadero homenaje al pensamiento abstracto y al lenguaje.

— Finalmente, el bloque sexto incluye tres trabajos sobre ética, mística y vida cotidiana. José M.<sup>o</sup> Artadi vuelve a recuperar el tono personal de algunos artículos y recuerda explícitamente lo que supuso Caffarena en el contexto de toda una generación de pensadores cristianos de la posguerra, cuando el pluralismo era una amenaza. Caffarena, en su encuentro con la modernidad, sin estridencia, pero con eficacia, ejerció la democracia en la Teología y la Filosofía. Seguidamente, A. Blanch repasa las señales de trascendencia en la vida cotidiana, en una novedosa y sugerente reflexión. Si un análisis superficial de esta faceta podría llevar a constatar la ausencia de trascendencia, A. Blanch muestra, en sintonía con Caffarena, una auténtica esperanza: «pese a la cerrazón ambiental», pues cabe suponer una «tenaz orientación del espíritu humano hacia horizontes de trascendencia máxima que pudiera ser equiparada con lo sagrado».

Por último, las reflexiones de J. Martín Velasco sobre la religión y la mística en situación de Modernidad indagan la problematización de la religión que comportan. Aunque la mística ha constituido las reservas de los cuerpos teológicos y jurídicos de las religiones que las han condenado a la marginación, también los místicos han propuesto el amor al prójimo como la piedra de toque para la autenticidad de su experiencia. Así, la mística como la piedra de toque para la autenticidad de su experiencia. Así, la mística más auténtica adquiriría una dimensión ética que la convierte en una fuerza transformadora de las conciencias de gran significación social.

En definitiva, el descubrimiento y valoración del elemento místico y su correcta ubicación en el centro de la vida religiosa permitirá abrir pistas para la superación de la crisis de una religión indebidamente centrada en el elemento institucional que la situación de la modernidad ha hecho social y culturalmente inviable. Las últimas palabras de Martín Velasco son un final excelente para este libro homenaje: «El diálogo de las instituciones y las teologías se facilitará cuando los fieles de las diferentes religiones hagan intervenir en ese diálogo esas experiencias interiores que las sustentan y la preocupación por la mejora y el progreso de la humanidad que las anima» (p. 412).

Para terminar, no hay que más insistir en el interés y calidad de este libro. Aquí se encontrará ejemplo concreto de que la tolerancia no tiene por qué estar reñida con la pasión por la verdad, y de cómo la exigencia de un diálogo racional, consciente de los límites de la razón, puede obedecer a un imperativo práctico. Sin duda, con este especial talante, los que han coordinado y participado en este libro, han querido rendir homenaje a Caffarena, a su audacia de creyente ilustrado, y a la responsabilidad intelectual de su fe.

Caffarena ha sabido, por modestia, exponer las razones de su creencia y por honestidad exponerse a las razones del otro, orientando sobre las relaciones entre el cristianismo y la modernidad, y como poder conjugarlos en una dialéctica renovadora.